

# UN CAMINO PARA LA

**C**AUSA desasosiego oír en ciertas predicaciones o leer en alguna parte una especie de paralelismo antinómico propuesto con alguna frecuencia: algo así como católicos de comunión diaria que no tienen caridad. Y cuando hay que forzar el dilema comunión-caridad escogen la caridad.

Es laborioso comprender esa disociación que se establece entre eucaristía y caridad; cuando a la caridad no se puede llegar más que por la eucaristía. Y sin embargo se dice algo que suena así: "Más vale que no comulguéis tanto y que tengáis más caridad". Y esto es incomprensible. Esto indica o que no se sabe qué es caridad, o que no se sabe para qué sirve la eucaristía, o que no se saben ninguna de las dos cosas.

Vamos a ver si nos entendemos: Una verdad redonda, para escribirla con letras teológicamente mayúsculas,



*Andrés M.<sup>a</sup> Sevilla, S. I.*

CA-  
RI-  
DAD

NOTAS PARA EL DIALOGO

es ésta: Los sacramentos sirven para dar caridad al que no la tiene o para aumentar la caridad del que ya tiene algo de eso.

Esto puede decirse de cualquier sacramento; pero muchísimo más del sacramento de la eucaristía: porque la eucaristía nos trae una gracia sacramental (1) que no tiene más finalidad que esta: aumentar nuestra caridad y perfeccionarla. Y eso sí que es distintivo propio de la eucaristía; esos son sus colores; para eso sirve.

BILLOT (2) concibe esa gracia sacramental como un auxilio, como una "disposición sanativa"; que sana el egoísmo.

Cuando alguno está enfermo de egoísmo con esos síntomas inconfundibles de quien se pega a sí mismo, y amontona todo su amor y todo su afecto para cubrirse él sólo con todo eso que quizás debía arropar el frío desamor que los demás sienten, entonces, para esa enfermedad, la intervención sanativa es la eucaristía.

Si todo marchase bien en nuestra naturaleza, realmente no necesitaríamos refuerzos, ni curaciones sanativas. Pero queramos o no queramos nuestra naturaleza es una pobre naturaleza demantelada. Es ese enfermo del evangelio que está siempre esperando que la mano de Cristo toque la llaga, para que la carne leprosa sea ahora carne limpia; es ese pobre paralítico de treinta y tantos años esperando de Cristo la agilidad.

A esta humanidad enferma no se le ha acabado Cristo. Cualquier aprendiz de teólogo sabe que los sacramentos son acciones de Cristo; de Cristo ex-

tendiendo siempre su mano hacia nuestra enfermedad para sanarla.

Esa parálisis que se llama egoísmo, esa lepra que es el amor totalitario de uno mismo, y la negación del amor de Dios y del prójimo, encuentran siempre en el sacramento de la eucaristía, la mano extendida de Jesucristo que sana esa herida grave de la naturaleza humana: la brecha del desamor al prójimo.

Si hacemos a Cristo la pregunta: ¿Para qué sirve la eucaristía?, las palabras de Cristo son así: "*Quien come mi carne y bebe mi sangre mora en mí y yo en él*". (Jo. 6, 56). Esta es una manera de aprender para qué sirve la eucaristía. Parece una manera segura de aprender porque el maestro es Cristo. Como si Cristo nos dijese: "La eucaristía, —comer mi carne, beber mi sangre—, sirve para que ese que comulga mora en mí y yo mora en él". Esto parece claro.

Pero todavía no hemos visto por ahí la palabra *caridad* arrimada a la de *comunión*. Convendrá entrar a fondo en eso de "mora en mí y yo en él". Si yo estoy en Cristo, y Cristo está en mí, esto quiere decir, sencillamente, que Cristo y yo nos entendemos bien, y si Cristo y yo nos entendemos bien, el asunto de la caridad, que es el gran asunto de Cristo, está de verdad y para siempre resuelto. Hay una carta de San Juan que está repitiendo estas cosas de morar en Cristo y Cristo en nosotros; pero, diciendo lo mismo, cambia una palabra: "*quien mora en la caridad en Dios mora, y Dios en él*". (1 Jo 4,16) Ahora, con este aviso de la Carta de San Juan, la traducción de las palabras de Jesucristo, cuando señala el efecto de la eucaristía, sería así: "*Quien come mi carne y bebe mi sangre, —quien comulga— mora en la caridad, —in me manet—, y yo moro en él*".

Por esto no es bueno que estemos disociando —quizás sólo oratoriamen- te, literariamente—, eso de la caridad

(1) Muchos teólogos entienden por gracia sacramental la misma gracia santificante que, al ser comunicada por un sacramento determinado, está dando un derecho a ciertos auxilios especiales de Dios para la obtención del fin que corresponde a ese determinado sacramento.

(2) Cfr. *De Ecclesiae Sacramentis*.

y la comunión frecuente (3). A menos que, llevados por un espíritu superanalítico, hayamos desmenuzado algo tan infraccionable como la caridad, y hayamos aislado, como en un experimen-

(3) La desafortunada antítesis comunión-caridad, ha podido ser suscitada por determinadas personas de frecuente comunión y frecuente egoísmo. La solución no es crear la antinomia; convendría enseñar a esos de egoísmo frecuente que el Cristo que reciben no es un Cristo solitario, sino un Cristo que lleva injertados en sí como miembros de su cuerpo a los demás hombres. Esa enseñanza recibida y asimilada, sería una manera eficaz de quitar los obstáculos que impiden muchas veces la plenitud de los efectos de la eucaristía.

to de laboratorio, lo que llamaríamos "caridad sintética", una caridad independiente de la fuente de la caridad; una caridad para el prójimo que no tiene nada que ver con el amor de Dios ni con la gracia santificante. No sé; pero entonces ocurriría algo tan infeliz y tan desgraciado como usar la predicación o la literatura cristiana para hacer propaganda de algo tan bueno como la filantropía, pero tan poco caritativo como la filantropía. Porque sin comunión frecuente se puede ser enormemente filántropo; es evidente. Pero me parece muy difícil ser caritativo. Y de eso se trata.

